

más sublime, según *Aquel* que dijo: *Si practicáis mi palabra conoceréis la verdad.*

Los dogmas del Cristianismo, que alguno pretende que fuesen reformados por Constantino, están consignados en los Evangelios, que se escribieron en el siglo primero; mucho antes de empuñar el cetro del imperio romano aquel emperador cristiano.

No nos consideramos con los conocimientos suficientes para hablar del misterio de la Santísima Trinidad, tanto más cuanto que profesamos el principio que estos dogmas no deben discutirse. Sin embargo, diremos al



Somos de ayer, y sin embargo llenamos todo el imperio.

señor Draper para que se tranquilice, que Jesucristo dijo: *Yo y el Padre somos una cosa sola.*

En la Trinidad Divina Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, uno en esencia y trino en personas: EMMANUEL; DIOS *con nosotros.*

En las palabras del Redentor se distingue el Padre, del Hijo Encarnado; luego la identidad de la divina sustancia, y últimamente la divinidad de Jesucristo, en el cual la naturaleza humana está unida a la divina.

Al comenzar el Evangelio de San Juan se lee: *En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él: y nada de lo que fué hecho se hizo sin Él. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los*

*hombres... Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros: y vimos la gloria de Él, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.*

San Pablo lo testifica de la misma manera en el *capítulo primero* de su carta a los hebreos.

Jesucristo ordenó a los Apóstoles predicar y bautizar, y les dijo: *Enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

San Juan nos manifiesta, que: *el Espíritu es el que da testimonio que Cristo es verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre,*



Retrato de la Virgen María.

*el Verbo y el Espíritu Santo: y éstos son una misma cosa.* San Pablo en la primera epístola a los Corintios, afirma la divinidad del Espíritu Santo.

Aquí no podemos dispensarnos de copiar a la letra el capítulo xxiii del tomo IV, de la concienzuda obra del sabio canónigo de San Dionisio de París, que muchas veces tendremos el honor de citar en nuestro humilde trabajo, intitulada *Les splendeurs de la Foi*, el cual como profundo teólogo da á conocer los MISTERIOS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD con gran copia de datos y razones de la mayor importancia. Dice así:

«CAPÍTULO VEINTE Y TRES.— *Los Misterios de la Santísima Trinidad.*— Dios

es uno! Basta la razón para demostrarlo. Pero lo que ninguna inteligencia contingente y finita hubiera podido suponer, si el mismo Dios no se hubiese dignado revelárnoslo, es que en esta unidad infinita haya una misteriosa triplicidad; en esta naturaleza esencialmente una, hay tres personas distintas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

»Ya en el relato de la creación se demuestra una mezcla imprevista de singular y plural, que caracteriza la multiplicidad en la unidad. HAGAMOS el hombre á NUESTRA imagen, y (á NUESTRA) semejanza! Y Dios CREÓ el hombre. Más adelante, sentado debajo la encina de Mambré, el padre de los creyentes vió pasar por delante como un símbolo ó una sombra de la Santísima Trinidad. Dios se presentó á Abraham bajo tres formas humanas, á las cuales habló en singular, como si hicieran UNO: *ne transeas, Domine*, y que le respondieron como si las tres fuesen UNO: *revertar*. Vió TRES, dice un Santo Padre, y sólo adoró á UNO. Luégo siguen los Profetas, que celebraron en sus cantos, pero aún de una manera vaga, el Padre, el Verbo y el Espíritu; hasta que al fin Jesucristo vino á rasgar el velo. Id, enseñad á todas las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. San Juan Evangelista, eco fiel de la Revelación divina, dice á su vez: TRES son los que testifican en el cielo: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y estos TRES son UNO! En fin los apóstoles en su divino Símbolo, hacen esta solemne profesión de fe: «Creo en »Dios, Padre Todo-Poderoso, ... en Jesucristo su único Hijo, y en el Espíritu »Santo.» San Atanasio en el Símbolo de la fe que lleva su nombre y que la Iglesia toda tiene aceptado, definió con admirable precisión este dogma sublime de la Santísima Trinidad: «La Fe católica quiere que adoremos á un »solo Dios en la Trinidad, y la Trinidad en la Unidad. No confundiendo las »Personas ni separando la sustancia. Pues otra es la persona del Padre, otra la »persona del Hijo, otra la persona del Espíritu Santo. Pero el Padre, el Hijo y el »Espíritu Santo, tienen una misma divinidad, una gloria igual, una majestad »coetánea. Cual es el Padre, tal es el Hijo, tal el Espíritu Santo. Increado »el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo. Inmenso el Padre, »inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo. Eterno el Padre, eterno el Hijo, »eterno el Espíritu Santo. Y no obstante, no son tres increados, tres inmensos, »tres eternos, sino uno solo increado, uno solo inmenso, uno solo eterno. Todo »Poderoso, Dios, Señor, es el Padre; todo-poderoso, Dios, Señor, es el Hijo; »todo-poderoso, Dios, Señor, es el Espíritu Santo. Y no son tres todo-poderosos, »tres dioses, tres señores, sino sólo un Todo-Poderoso, un solo Dios, un solo »Señor. El Padre no ha sido hecho por nadie, ni creado, ni engendrado. El Hijo »es del Padre, no hecho, no creado y si engendrado. El Espíritu Santo es del Pa- »dre y del Hijo, no creado ni engendrado, pero procediendo. Un Padre, pues,

»y no tres padres; un Hijo y no tres hijos; un Espíritu Santo y no tres espíritu »santos. Y en esta trinidad no hay anterior ni posterior, más grande ni más pe- »queño, (mayor ni menor!) Estas tres personas son coeternas y coiguales, de »modo que en todo debemos adorar la Unidad en la Trinidad, y la Trinidad en »la Unidad. Uno en tres, tres en uno! pero tres personas en una sola sustancia »ó naturaleza y una sola naturaleza en tres personas!»

»La fe no enseña que tres dioses no hagan más que uno, ni que una sola sustancia se convierta en tres sustancias, lo cual sería contradictorio en sí y contrario á la razón; pero que una misma y sola naturaleza esté en tres personas, y que estas tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no hacen más que un solo Dios! De lo que resulta un misterio por encima de la razón; un misterio inefable, un misterio glorioso, del cual nuestra razón iluminada por la fe puede, hasta cierto punto, comprender la soberana conveniencia ó asimismo la necesidad absoluta, y por consiguiente la existencia!

»El alma humana, de la cual dijo Dios que la hacía á su imagen y semejanza, tiene su trinidad en su unidad! Es, conoce y quiere ó ama. La idea ó el conocimiento es algo distinto del sér; la voluntad es algo distinto del sér y de la idea.

»Mas por lo mismo que mi alma es susceptible de sufrir y sufre de hecho mil diversas modificaciones, en mi sér, la idea, la voluntad son simples accidentes, modos ó maneras de existir, que no subsisten en sí, sino en el alma; no tres personas y sí una sola, como una sola naturaleza. Al contrario en la naturaleza divina, no se puede concebir ni accidente, ni modos, porque es infinita, y ella es todo: el sér, el conocimiento, el amor. Dios siendo, Dios conociéndose ó engendrando su Verbo, Dios amando á su Verbo y amado de su Verbo, constituyen tres personas, en una misma naturaleza, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El águila de Meaux ha dicho en su lenguaje inspirado: «Si yo tuviese como Dios una naturaleza infinita, incapaz de todo »accidente sobrevenido á su sustancia y que fuese necesario que todo fuese »sustancial en ella, mi potencia (mi sér), mi inteligencia y mi amor tendrían »algo de subsistente! y yo sería TRES PERSONAS SUBSISTIENDO EN UNA SOLA NATURA- »LEZA.» Es la última palabra del genio humano sobre el misterio de la Santísima Trinidad!

»La unidad de persona en el alma humana resulta tan bien de su naturaleza finita, que cuando alguna de sus facultades predomina extraordinariamente, se ve nacer una tendencia invencible para personificarla, y darle una subsistencia distinta. Por esto se ha hecho del genio de Sócrates un demonio, de la sabiduría de Numa una Egería, etc.

»Bajo otro punto de vista, decía San Agustín — prosigue el abate Moigno,

»hallamos en nosotros verdaderamente una imagen de Dios, es decir de esta soberana Trinidad, y bien que ella no sea igual á Él, ó por mejor decir, que esté muy lejana, no hay nada, no obstante, entre sus obras que acerque más próximo á su naturaleza.» En efecto, nosotros somos, conocemos que somos, amamos nuestro sér y el conocimiento que de él tenemos. Sér, Conocimiento, Amor! Ya hemos dicho por qué en el alma humana estas tres cosas no son más que una naturaleza y una persona.

»Por lo mismo que Dios se conoce necesaria y eternamente, engendra de toda eternidad á su Hijo ó Verbo. Porque el Padre ama eternamente á su Hijo, y el Hijo ama eternamente á su Padre, el Espíritu Santo, amor mutuo del Padre y del Hijo, procede eternamente del Padre y del Hijo. Y porque es siempre Dios, Dios sér, Dios inteligencia, Dios amor, fuerza será afirmar una sola y misma naturaleza en tres personas consubstanciales y coeternas, un Dios solo á quien es debido un solo culto, una sola adoración, un solo amor.

»Sin la Santísima Trinidad, decía aún Bossuet, Dios, en el cual toda paternidad toma su origen, *á quo omnis paternitas nominatur*, Dios, que es más padre que todos los padres, no tendría Hijos. Empero; ¿por qué á la naturaleza divina faltaría esta perfecta fecundidad que da á sus criaturas? El nombre de padre ¿será pues tan afrentoso, y tan indigno del primer sér, que no le pueda convenir siguiendo su propiedad natural? «Yo que hago parir á los otros ¿no podré parir yo mismo?» (Isaías, LXVI, 9). Y si es tan hermoso procurarse niños por adopción ¿no es más bello y más grande aun engendrar por sí mismo?... De producir por abundancia, por plenitud, por el efecto de una inagotable comunicación, en una palabra, por la fecundidad y la riqueza de una naturaleza dichosa y perfecta?... «Dios de Dios, luz de luz, hijo perfecto de un padre perfecto, que es padre desde que es, que concibe en sí mismo á su Hijo coeterno.» Nada pues de más razonable que el misterio de la Santísima Trinidad, que da á Dios su Hijo único que ama infinitamente y del cual es infinitamente amado, al propio tiempo que de este amor mutuo procede eternamente el Espíritu Santo.

»Si para el alma iluminada por la fe, el misterio de la Santísima Trinidad es eminentemente razonable, si hay en Dios una maravillosa y gloriosa necesidad de su naturaleza infinita, es para la humanidad regenerada un misterio de amor infinito. Porque nos ha amado con un amor eterno, Dios el Padre nos ha sacado de la nada! Y en su misericordia, ha amado tanto al mundo, que le ha dado su Hijo! El Hijo nos ha amado, y se hizo carne, y se entregó por nosotros. El Padre y el Hijo nos han amado tanto, que nos enviaron el Espíritu Santo, Espíritu de consuelo, Espíritu de amor, Espíritu que hace su templo de nuestras almas y de nuestros cuerpos santificados por su gracia,

sus virtudes y sus dones, que incesantemente ruega en nosotros con gemidos que no pueden decirse!

»Hemos hallado la Santísima Trinidad en la Revelación, en la razón iluminada por la fe, en el alma humana hecha á imagen de Dios; la encontramos aún en la tradición, donde ilumina las tinieblas, y en la síntesis de las ciencias donde la unidad en la Trinidad ocupa un lugar verdaderamente extraordinario.

»*La tradición.*—ARISTÓTELES: ¿Qué piensa Dios? Se piensa á sí propio. Su pensamiento es el pensamiento de su pensamiento, y este número tres es la ley de la naturaleza: nosotros la aplicamos á nuestras devociones hacia los dioses.

»PLATÓN: El primer bien es Dios; la inteligencia es el hijo de este bien primero, que lo ha engendrado semejante á Él, y el alma (el espíritu) del mundo es el término entre el Padre y el Hijo.—En una célebre inscripción griega se leía: El Gran Dios, el Engendrado de Dios, el todo brillante,

μεγα θεος, θεογενετος, πανρευτος.

»—En Egipto el famoso oráculo de Serapis decía: Desde luego Dios, después el Verbo, después el Espíritu, tres dioses engendrados juntos y reuniéndose en uno solo.

»—El Oupneckat de los indios dice que Dios es *Trabat*, es decir, tres que no hacen más que uno.

»—Los thibetianos invocan á Dios bajo tres nombres: OM, el brazo ó la fuerza; HU, la palabra ó el Verbo; HUM, el corazón ó el amor.

»—En el Laotzeu de los chinos encontramos este texto extraño: Se sabe comúnmente que tres son tres, pero no sabemos que tres sean uno. La primera persona considerándose en sí, engendra la segunda; la primera y la segunda amándose mutuamente, dan aliento á la tercera.

»Añadamos, en fin, que por todas partes vemos aparecer en la naturaleza y en la ciencia, en el mundo abstracto y en el mundo concreto, este dogma símbolo inefable de la Unidad en la Trinidad, de la Trinidad en la Unidad. Esta tesis se encuentra admirablemente desarrollada en la excelente obra, la *Ciencia sagrada*, del señor abate Berseaux, tomo II, página 302 y siguientes. Extractamos solamente algunos rasgos de este magnífico cuadro.

»En la sociedad espiritual: *Jesucristo*, la *Iglesia*, los *fieles*.

»En el alma humana: el *sér*, la *inteligencia*, el *amor*. Somos, conocemos, amamos.

»El fondo de nuestra alma obrando, comprende una idea primera, la *idea del sér*; una primera voluntad, la voluntad de poseer el sér, el *deseo de la beatitud*; un primer sentimiento, el *sentimiento de nuestro cuerpo*.

»Las operaciones de la inteligencia son tres: la *idea*, el *juicio*, el *raciocinio*.

»La idea comprende: un *sujeto* que percibe, un *objeto* que debe percibirse, »la *percepción* ú objeto percibido.

»El juicio supone el *sujeto*, el *verbo* y el *atributo*.

»El raciocinio comprende tres proposiciones: la primera, *mayor*, engendra »la segunda *menor*; la tercera, *conclusión*, nace de la mayor y de la menor.

»El sér en sí es *puramente espiritual*, *puramente material*, ó *mixto*.

»Los tres mundos *espiritual*, *material* y *mixto* no forman más que un *solo* »*universo*.

»Todo sér tiene su *substancia*, su *forma* ó *especie*, su *orden*.

»Todo sér creado ó increado se nos presenta bajo tres cualidades: *bueno*, »cuyo tipo es el Padre; *verdadero*, cuyo tipo es el Hijo ó el Verbo; *bello*, cuyo »tipo es el Espíritu Santo.

»El mundo material comprende tres clases de seres: los *minerales* que »son; los *vegetales* que son y viven; los *animales* que son, viven y sienten.

»Los espíritus celestes se dividen en tres clases ó grandes jerarquías; cada »una se divide en tres órdenes.

»El sér considerado relativamente es, ó *causa*, ó *medio* ó *efecto*.

»Considerado como sucesivo, el sér es *pasado*, *presente* y *futuro*.

»En la gramática, hay tres pronombres: *yo*, *tú*, *él*; *mi* ó *mío*, *tu* ó *tuyo*, »*su* ó *suyo*; *yo* ó *mi*, *tú*, *él*; *mío*, *tuyo*, *suyo*; *nosotros*, *vosotros*, *ellos*.

»Hay tres términos: *substantivo*, *adjetivo*, *verbo*.

»El substantivo es *masculino*, *femenino* y *neutro*.

»El adjetivo es *positivo*, *comparativo* y *superlativo*.

»El verbo es *activo*, *pasivo* y *neutro*.

»En las ciencias matemáticas, la aritmética comprende tres operaciones »fundamentales: la *numeración*, la *adición*, la *sustracción*.

»Todo cuerpo tiene tres dimensiones: *longitud*, *latitud*, *profundidad*. Las »magnitudes geométricas son en número de tres: la *línea*, la *superficie*, el *vo-* »*lumen*.

»La línea tiene su *principio* ó punto de partida, su *centro*, su *fin* ó punto »de llegada.

»La línea es *recta*, *quebrada* y *curva*.

»La recta es *horizontal*, *vertical*, *normal* ó *inclinada*.

»Dos líneas forman tres ángulos; *agudo*, *recto* y *obtusos*.

»Un *triángulo* tiene tres *ángulos*, tres *lados* y tres *vértices*. Todo polígono »es divisible en triángulos, como todo número puede descomponerse en núme- »ros triangulares.

»Todo círculo tiene su *centro* ó foco, su *radio* y su *circunferencia*.

»La mecánica comprende tres grandes divisiones: la *estática* ó ciencia del »equilibrio, la *cinemática* ó ciencia del movimiento, la *dinámica* ó ciencia de »las fuerzas, causas del movimiento.

»Las leyes del mundo planetario son en número de tres: *la ley del movi-* »*miento elíptico al rededor de un centro de atracción*, *la ley de las áreas*, *la* »*ley de los tiempos de cada revolución*.

»La química está regida por tres leyes que corresponden á la acción de »Dios, que todo lo ha hecho con *número*, *peso* y *medida*: *la ley de las propor-* »*ciones múltiples*, *la ley de los equivalentes*, *la ley de los volúmenes*.

»Todos los cuerpos objeto de la física ó de la química son *sólidos*, *fluidos* y »*gaseosos*.

»En cristalografía, todas las formas cristalinas se reducen á tres tipos: el »*tetraedro*, el *cubo* y el *romboedro*.

»En acústica, un sonido cualquiera está caracterizado por tres elementos; »el *tono*, la *intensidad* y el *timbre*.

»Hay tres notas fundamentales: la *dominante*, la *tercera* y la *quinta*, for- »man el acuerdo perfecto.

»Los instrumentos de música son de *viento*, de *cuerda* y de *percusión*.

»En fisiología y psicología se estudian tres grandes objetos: el *cuerpo*, el »*alma* y la *unión del cuerpo con el alma*.

»La vida depende de tres órganos, que Bichat llama etapas de la vida: el »*estómago*, órgano de la potencia; el *cerebro*, órgano de la inteligencia; el *co-* »*razón* órgano de la afección ó amor.

»Tres órganos principales están presentes en todas las partes del cuerpo: el »*estómago* por los vasos quilíferos, el *cerebro* por los nervios, el *corazón* por »las arterias y las venas.

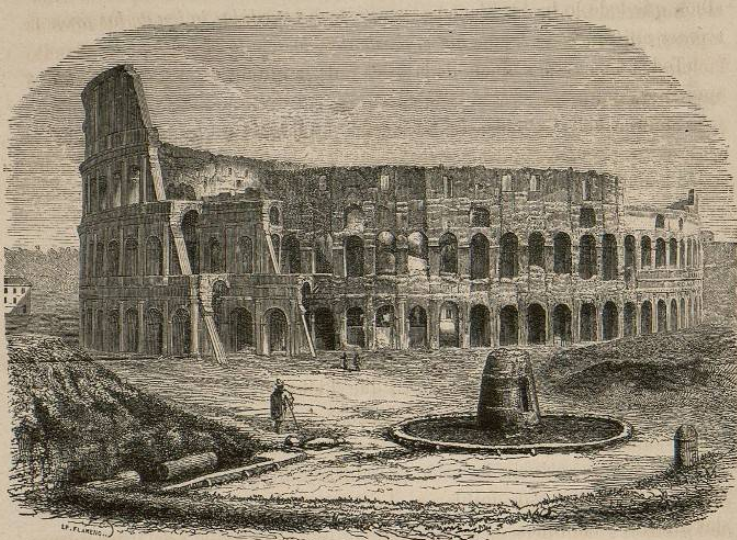
»La familia está constituida por el *padre*, la *madre* y el *niño*. El hombre, »el *padre*, creado independientemente, se alza por la fuerza, representa el Pa- »dre eterno. La *mujer*, creada del hombre, su imagen, su gloria, su hermosura, »carne de su carne, sangre de su sangre, hueso de sus huesos, figura el Verbo »divino, engendrado del Padre; el niño que procede del padre y de la madre, »de su amor recíproco, es la imagen del Espíritu Santo.

»La sociedad civil está constituida por tres cosas: el *poder*, el *ministro*, y »el *sujeto*.

»Podríamos multiplicar al infinito, continua el abate Moigno, estas relacio- »nes, y demostrar que la Trinidad en la Unidad es la ley esencial de la natu- »raleza. Un autor, animado de las mejores intenciones, M. P. Bouverat, en un »pequeño volumen intitulado *Speculum Trinitatis*, ó *resumen de la universa-*

lidad de las cosas en las cuales la Santísima Trinidad ha impreso su sello divino (Hatón, París, 1871), ha multiplicado al infinito las singulares manifestaciones de la Trinidad santa en el mundo físico, moral y metafísico!...

»Luego es cierto, absolutamente cierto y verdadero que, aun sobre los más profundos é inaccesibles misterios, los testimonios del Señor se han hecho perfectamente creíbles... La trinidad de las personas en la unidad de la naturaleza divina es, en Dios, un hecho, no sólo esencial y necesario, sino fecundo



Coliseo (lado del Mediodía).

y vivificante; y en sus relaciones con la humanidad un manantial infinito de grandeza, de santidad y de divinidad.

»Adoremos, pues, y repitamos sin cesar, con la santa Iglesia católica, el antiguo y querido doxología. GLORIA AL PADRE, AL HIJO, Y AL ESPÍRITU SANTO, como era al principio, como es ahora y será en los siglos de los siglos! Repitámoslo sobre todo, en nuestro último suspiro, cuando pidamos sobre nosotros la misericordia de Dios, entonces el sacerdote dirá: «Mucho ha pecado, pero no ha negado *El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*. HA CREÍDO Y SERÁ SALVADO...»

En vano pretenderemos que teólogo alguno se esfuerce en demostrar el misterio de la Trinidad, tomando varias autoridades y enseñando que los cristianos

profesaban esta creencia desde las predicaciones de Cristo, cuando se niega sin rubor la autenticidad del Evangelio de San Juan y las epístolas y cartas de San Pablo. Hasta aquí el espíritu de secta, que ha conducido á hombres ilustrados á lamentables extravíos y engañosas interpretaciones.

Sea en buen hora que los Santos Padres de los primeros siglos de la Iglesia cristiana fuesen *unos hombres de bien*, como los califica el señor Draper con dañada intención; pero es lo cierto que conocieron la ciencia de su tiempo y estaban á la altura de su época. Si hubiesen vivido en los tiempos de Cassini, Kepler ó Galileo, habrían aceptado de buen grado y sin obstáculos la hipótesis de Copérnico, lejos de conocer perfectamente el sistema de Claudio Ptolomeo, cuya fama y reputación llegó á eclipsar todas las escuelas griegas é imperó en el mundo cristiano y no cristiano por más de trece siglos. Empero es lo cierto, que la escuela geocéntrica era la que aceptaban todos, ora fuesen cristianos ó paganos, sin que se le ocurriera á nadie protestar acerca aquella



Brahma, Vishnú, Siwa.

errónea teoría. ¿Por qué se pretende que los Santos Padres sean responsables de los errores científicos de su tiempo? ¿Por qué los enemigos del Cristianismo no presentaron entonces las objeciones que hoy día se ofrecen en todos los tonos? Porque entonces no se conocía el sistema copernicano, ni se habían descubierto los instrumentos ópticos que cambiaron el estudio de la astronomía, ni se sabían las leyes que Dios había establecido para los mundos siderales.

Oigamos por un momento á J. J. Rousseau, que por cierto no será filósofo sospechoso para los materialistas y racionalistas de nuestros días, ni lo hubiera sido para los humanistas del Renacimiento, y con especialidad para Ficino, que pretendía que Platón fuese un Moisés que hablaba griego y Sócrates el tipo de Jesucristo.

«Yo confieso, ha dicho el autor del *Emilio*, J. J. Rousseau, que la majestad de las Escrituras me pasma; la santidad del Evangelio habla á mi corazón.

Leed los libros de los filósofos con toda su pompa, y los encontraréis pequeños comparados con éste. ¿Es posible que un libro tan sublime en todo y tan claro sea obra de los hombres? ¿Es posible que el héroe de quien hace la historia sea puro hombre? ¿Su estilo es el de un fanático, ó el de un sectario ambicioso? ¿Qué suavidad! ¿Qué pureza en sus costumbres! ¿Qué gracia tan excitante en sus instrucciones! ¿Qué elevación en sus máximas! ¿Qué profunda sabiduría en sus discursos! ¿Qué majestad de espíritu! ¿Qué delicadeza y qué justicia en sus respuestas! ¿Qué dominio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre? ¿Dónde el prudente, que sabe obrar, sufrir y morir sin cobardía y sin ostentación? Cuando Platón pinta su justo imaginario, cubierto de todo oprobio del crimen y digno de todos los premios de la virtud, dibuja con todas las señales á Jesucristo. La semejanza es tan propia que todos los Padres la han advertido, y no es posible engañarse. ¿Qué preocupaciones, qué ceguera no es menester para comparar el hijo de Sofronia con el Hijo de María! ¿Qué distancia de uno al otro! Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo con facilidad hasta el fin el carácter de su persona; y si esta fácil muerte no hubiese honrado su vida, se dudaría si Sócrates con todo su entendimiento había sido un sofista. Se dice que inventó la moral: otros la habían practicado mucho antes; no hizo otra cosa que decir lo que ellos habían hecho, ni más que poner en lecciones sus ejemplos. Aristides había sido justo antes que Sócrates dijese qué era justicia; Leónidas había muerto por su país antes que Sócrates hubiese hecho del amor á la patria una obligación; Esparta era sobria antes que Sócrates hubiese alabado la sobriedad, y, antes que hubiese definido la virtud, abundaba Grecia en hombres virtuosos. Pero Jesús, ¿dónde había tomado entre los suyos esta moral sublime y pura, de la que Él solo fué el maestro y el ejemplo? Del seno del más furioso fanatismo se escuchó la más alta sabiduría, y la nobleza de las más heroicas virtudes, honró el más vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente entre sus amigos, fué la más dulce que puede desearse; la de Jesús, espirando en los tormentos, injuriado, burlado, maldecido de todo un pueblo, es la más horrible que se puede temer. Sócrates tomando el vaso lleno de veneno, bendice al que con lágrimas se lo presenta; Jesús en medio de un suplicio espantoso, ora por sus crueles verdugos. A la verdad, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios...

Este pasaje del *Emilio* de Rousseau, se ha repetido por muchos autores. Es un parangón que los católicos no podemos aceptar aun cuando se transparenten en él los pensamientos cristianos del filósofo ginebrino. La luz sobrenatural sólo resplandece en el Redentor del mundo, que nadie pudo tacharle de haber pecado, y en sus amargas y aflicciones cuando entregaba á su Eterno Padre

su espíritu humano, imploraba el perdón de los hombres sin tener en cuenta su sabiduría, su riqueza ni su posición social. La humanidad quedó regenerada, el largo periodo de los sacrificios humanos terminó con el sacrificio del Hombre-Dios, y el Mártir del Gólgota abrió con su sangre las puertas de la vida eterna.

Las cuestiones filosóficas habían adquirido otra vez un carácter elevado, y amenazaban turbar la paz que bajo el cetro de Constantino disfrutaba la Iglesia de Jesucristo. La sublimidad de Orígenes creó la exegética bíblica y fundó la filosofía teológica; en estos concienzudos estudios, que desgraciadamente no están exentos de errores, rebatió con victoria las objeciones de Celso, presentando infinidad de hechos indubitables, profecías cumplidas y milagros realizados por los Apóstoles.

El arrianismo y el socianismo buscaron en los errores acerca la preexistencia, según los libros de Orígenes escritos después de su destierro de Alejandría, argumentos para sostener sus sutilezas. Casi se puede asegurar que además de Arrio, encontraron en los escritos de aquel filósofo datos para presentar nuevas herejías, Macedonio sobre el Espíritu Santo, Pelagio acerca la gracia y Nestorio y Eutiquio contra la Encarnación. ¿No vemos en las herejías de Arrio un racionalismo encubierto? El Concilio de Nicea condenó el arrianismo, que había encontrado eco entre los visigodos, y adoptó medidas vigorosas para aniquilar las demás herejías, que también tenían sus prosélitos.

Los Santos Padres, de común acuerdo, caminaron á un mismo fin, y San Clemente de Alejandría, con su piedad y fervorosa fe, inició á los neófitos en la verdadera ciencia. Atanasio, Cirilo, los Gregorios, Crisóstomos, Basilio y Jerónimos, Lactancio, Ambrosio y Agustín, y tantos otros santos varones, combatieron con sus inspirados talentos aquellas herejías, con las cuales los sofistas pretendían trastornar la unidad de la Iglesia de Jesucristo y el progreso de la Cristiandad.

Tertuliano, con espíritu levantado y cristiano, exclamaba: «¿Qué tiene Jerusalem que hacer con Atenas? ¿Qué dependencia trae la Iglesia con la Academia? Nuestra institución no ha nacido del pórtico de Zenón, sino del pórtico de Salomón. Allí clamaba y enseñaba Jesucristo: *buscad al Señor en la sencillez del corazón.*»

¿No véis esas religiones paganas, que están dominadas por las castas y por la esclavitud, bajo el amparo de la filosofía? ¡Ah! Los hombres hijos de Dios, se ven separados por sus condiciones sociales, y los poderosos monopolizan á su antojo la riqueza, el poder, la ciencia y toda suerte de goces y de sentimientos levantados al amparo de las falsas creencias. Sólo la Religión de Cristo los hace hermanos y los iguala á todos ante Dios.

La asamblea de Nicea presidida por el Emperador, había unido con el sagrado lazo de la fe cristiana á pueblos que estaban separados por los usos, leyes y costumbres. La Cruz del Redentor brillaba en el Capitolio y la estatua de Júpiter se había derribado. El principio de la unidad divina acababa de difundirse con el de la unidad humana.

La Religión santa de Jesucristo destruye las castas, rompe las cadenas de la esclavitud y dé la tiranía, anatematiza el vicio, enaltece la pobreza, ennoblece al plebeyo, ampara al débil, predica la moral, practica la caridad, y esparce la luz divina de la ciencia sin distinción de jerarquías sociales. Bien dijo San Gregorio Nacianzeno, que el primero de los bienes es la ciencia, y que muchos desgraciados en vez de adorar á Dios rendían homenaje á sus obras; San Basilio el Grande estableció estrecha alianza entre las ciencias sagradas y las profanas, y San Clemente de Alejandría, varón ilustre lleno de ciencia y virtud, para quien la verdadera filosofía es obra de la Providencia, dijo que la ciencia de las escuelas griegas se halla en los libros de Moisés; este profundo pensador cristiano se puso frente á frente del eclecticismo racionalista de la escuela alejandrina. Según sostiene el mismo Santo, el estudio de las ciencias es un baluarte inexpugnable para el alma, con el cual está segura de todo peligro... Los Santos Padres de la Iglesia latina buscaron hechos prácticos; pero no por esto dejaron los estudios filosóficos, para utilizar cuanto bueno y conveniente había en beneficio y defensa del Cristianismo. San Jerónimo, entre otros muchos, es digno de particular mención, porque se declara partidario del estudio de las ciencias, que lejos de causar un mal, dice, hacen un santo servicio á la Religión.

Otro de los insignes filósofos cristianos fué San Agustín, obispo de Hipona, á quien en opinión de La Bruyere sólo se pueden comparar Platón y Cicerón; que Leibnitz llama un *grande hombre*; que el cardenal Maury deseaba que los clérigos estudiasen siempre en sus obras para ocupar dignamente la cátedra cristiana; y que Fenelón y Villemain le concedían un espíritu sutil, vigoroso y levantado, así en la mística como en la metafísica. Empero un escritor moderno (Draper), *hablando con respeto*, ó como á él le plazca, de los escritos de San Agustín, asegura que *nadie ha contribuido más que ellos* (los escritos), *á crear el antagonismo entre la ciencia y la Religión*. Lejos de nosotros admitir que la ciencia revelada considere las investigaciones y los descubrimientos como inútiles y presuntuosos; ni mucho menos que las investigaciones humanas sean efecto de culpable curiosidad para penetrar los secretos que no plugo á Dios descubrirnos, como ha consignado el Profesor de Nueva-York... De las doctrinas de San Agustín sólo pueden deducirse dos conclusiones: que la filosofía es inferior al Cristianismo, y que puede unirse á él como la yedra

al árbol que la sustenta. Declara el Santo Doctor, que los cristianos hallarán grandes verdades, así científicas como morales y religiosas en los libros paganos, y desea el Prelado que las hagan servir para el triunfo del Evangelio. Que el Santo Doctor dijera, que toda ciencia pertenece á Dios por derecho de creación, no debe inferirse que los Santos Padres en general, ni el Obispo de Hipona en particular, admitiesen que la ciencia sagrada fuese la suficiente suma del saber humano, como ha dicho el señor Draper. La Iglesia católica distingue dos clases de estudios, los sagrados y los científicos. Estos se hallan siempre en la esfera de las investigaciones difíciles y complicadas de la filosofía y de la experimentación. Por esto el enciclopedista señor V. Beauvais no alcanzaba á comprender el antagonismo entre estos dos grupos de conocimientos, los sagrados y los profanos. Antagonismo que en nuestros días forma las delicias de algunos sabios de las escuelas materialista y naturalista. Bien dijo San Clemente de Alejandría, que juzgaba bajeza de alma temer á la filosofía pagana. *El que tenga tan débil fe*, dice el Santo, *que con ella se desvanezca, no ha conseguido la verdadera ni poseído nunca la verdad: ésta es insuperable y el error desaparece fácilmente*. Con efecto, el error impera un momento, triunfa un instante; pero este imperio y este triunfo son efímeros y pasajeros. Las obras de los hombres son deleznable, mientras que las de Dios son inmutables, porque en ellas está representado el derecho.

Los Padres de la Iglesia, repetimos, sólo conocieron para explicar el mecanismo del mundo el sistema de Claudio Ptolomeo que imperaba en la escuela alejandrina, y los vicios de esta teoría se reflejan en sus escritos. San Agustín y San Jerónimo fijaron su mayor atención en el dogma, y cuidaron bien poco de todo aquello que estaba en relación con la ciencia profana. Ésta, errónea en sus fundamentos, como lo han probado los descubrimientos posteriores, no podía suministrar los datos necesarios, que el estudio continuado ha puesto fuera de toda duda.

Los errores científicos cometidos en los escritos católicos fueron propios de aquellos tiempos. Los filósofos y los sabios han progresado en las ciencias de aplicación, y en sus estudios de hoy notamos las faltas de otras épocas. Al pretender comparar la ciencia con la Religión católica, debe distinguirse lo que es propio del dogma, y lo que pertenece á la ciencia propiamente dicha.

Hay una diferencia notable entre las opiniones de los sabios y las verdades bien demostradas de la ciencia. Éstas, apesar de todo, no pueden considerarse como permanentes; aquellas varían todos los días, se modifican y algunas veces se desechan por deficientes.

Se acusa á la respetabilidad de San Agustín la falta de acuerdo entre la

Religión y la filosofía natural, y de aquí haber surgido algunos *conflictos* con la ciencia. Se ha consignado por el señor Draper, que las obras del Santo Doctor son *sueños* incoherentes. Sin duda que el profesor de Nueva-York tiene sobre ellas gran prevención. San Agustín, dice; «¿Cómo hiciste, pues, el cielo y la tierra, y de qué máquina te serviste para hacer obra tan maravillosa? ¿Por qué no lo hiciste como el artifice, que forma el cuerpo de otro cuerpo, según una cierta idea que el ojo interior del alma contempla en sí misma? Pero ¿de dónde tiene él esta facultad sino de Ti? El artifice obra sobre una materia preexistente, que tiene la aptitud de llegar á ser aquello que él quiera hacer de ella: materia tal como tierra, mármol, oro y otras semejantes. Pero aún estas materias ¿cómo hubieran existido si Tú no las hubieras criado? Tú eres quien ha dado al artesano el cuerpo y el alma que manda á sus miembros, y la materia de que forma ésta ó aquella obra; Tú le diste un genio con que entendiera el arte y compusiera dentro de sí la idea que debe sacar á fuera. Tú le diste el sentido corpóreo, que trasmite á la materia que el alma concibe, trae al ánimo lo mismo que ya ha producido para que pueda compararlo con la norma que ha tenido á la vista para ver si está bien...» Y después añade el mismo Santo: «No hiciste el universo en el universo... por que antes que el universo fuese hecho, no había universo donde él pudiese ser hecho. No tenías á mano cosa alguna de qué hacer el cielo y la tierra; por qué ¿de dónde hubieras podido tomar lo que todavía no habías hecho, para hacer alguna cosa? Y á la verdad, ¿qué cosa existe sino por qué Tú existes? Hablaste, pues, y las cosas fueron hechas, y las hiciste con sola palabra...» (Conf. I. XI. capítulo 5).

¿Qué hay aquí de contradictorio entre la ciencia del siglo XIX y la confesión del Santo Doctor? El criterio del Obispo de Hipona es levantado, filosófico, profundamente cristiano, y estrecha con dulce lazo el orden ideal ó psíquico con el material. Prueba sin ningún género de réplica, que fuera de Dios nada existe, que todo lo contingente proviene del soplido divino y de su santa omnipotente palabra, y que todo cuanto constituye los mundos de la materia en la inmensidad de los espacios, es obra de la existencia de Dios.

Bien dijo el Excmo. é Ilmo. Sr. P. Zeferino González, Arzobispo de Sevilla, en su concienzuda y erudita obra *Filosofía elemental*, que «la filosofía del gran Obispo de Hipona representa y contiene el primer ensayo relativamente sistemático y completo de la filosofía cristiana.»

Esta doctrina no pudo presentar *conflicto* alguno, y los ateos, que todo lo atribuyen á la casualidad y á los átomos infinitos, eternos é increados de la escuela de Epicuro, Lucrecio y Gassendi, caen anonadados ante la sabiduría que todo lo contiene, que todo lo abraza, que es anterior á cuanto existe de

material y objetivo, la cual está sostenida por la fe divina, enaltecida por la esperanza y eternamente consolada por la caridad, que son las virtudes cardinales que el Cristianismo dió á conocer y han sido proclamadas y enseñadas por el Catolicismo.

Cuando notamos la manera apasionada é injusta como algunos hombres ilustres, profesores distinguidos, pensadores eminentes, combaten las ideas y principios que los Santos Padres dejaron consignados en sus escritos; cuando vemos criticar de un modo apasionado á San Agustín, el mejor y el más profundo filósofo cristiano de su tiempo, acerca de la configuración de la tierra y otros problemas científicos oscuros en aquellos tiempos; pero aclarados hoy y tal vez resueltos, al menos tales son las ilusiones de muchos sabios, más ignorados en estas épocas lejanas; nos preguntamos: ¿qué hubieran escrito los señores Darwin, Huxley, Draper, Hœckel, Büchner, Vogt, Molleschott, Tindall, Littré, Boi-Reymond, Mill, Schopenhauer, Hartmann y toda esta pléyade de sabios que han escrito en nuestros días como acérrimos materialistas y positivistas; qué habrían escrito, repetimos, si hubiesen vivido en los primeros siglos del Cristianismo? ¿Qué habrían escrito los ilustres Newton, Laplace y Arago; los Le-Verrier, Herschel y el R. P. Secchi; los Lyell, D'Orbigny, Ampère, Davy, Berzelius, Bernard y el mismo A. Comte? ¿Qué habrían dejado consignado tantos y tantos hombres distinguidos consagrados hoy al estudio de la ciencia experimental y de observación, si hubiesen vivido en aquellos primeros tiempos, en que el Cristianismo comenzó á difundir sus doctrinas?... Á la altura mayor á que había alcanzado entonces la ciencia se hallarían también todos estos sabios; y poco más ó menos escribirían lo mismo que han dejado consignado aquellos santos y doctos varones de la cristiandad...

Verdad que el joven Graciano había trazado la línea divisoria entre el poder temporal y el espiritual, adquiriendo éste último un dominio particular y una dirección apropiada al objeto. El Obispo de Roma elevado á la supremacía de Papa, dió á este poder el carácter de universalidad, y la unidad del sacerdocio era necesaria para realizar de hecho y por principio una civilización moral y espiritual para todo el linaje humano, que debía sustituir completamente á otra, que estaba falta de moralidad aun cuando generalizada también. El Pontificado puso su silla en Roma y la ciudad centro del poder temporal del mundo antiguo, pasó á ser el centro espiritual del mundo moderno. La Iglesia se afirmaba más y más sobre el orden de la sociedad como autoridad pública, aplicaba saludables remedios al cáncer devorador de los pueblos, y conservaba el sagrado de las letras, de la tradición y de las artes. Y si la ciencia no se extendió cual convenía y deseaba, al menos tuvo la fortuna de no verse aprisionada sin utilidad ni provecho entre las castas privilegiadas.



sepultada en los gabinetes de los sabios ó aherrojada en las bibliotecas, como sucedió en otros tiempos entre los griegos, con varias de los romanos y en algunas de Alejandría después de la protección que le dispensaron los Ptolomeos.

La ruina de la idolatría era inevitable. La ciencia en nada contribuyó á esta ruina, como tampoco había influido para su engrandecimiento. La aparición del Cristianismo fué un acontecimiento que había sido revelado por los Profetas, el cual debía realizarse en la humanidad para establecer definitiva-



Muerte de Sócrates.

mente la Religión verdadera, que tiene sus fundamentos en Moisés y fué continuada por el Dios-Hijo.

Las sectas filosófico-religiosas, que apenas habían vislumbrado la existencia de Dios como principio increado, eterno y creador de lo objetivo y subjetivo, no alcanzaron á comprender el íntimo consorcio entre el hombre y su Creador, entre Dios y la criatura. Por ello perdieron su influencia y cayeron por el poder moral y celestial del Cristianismo.

Las terribles persecuciones que sufrieron los cristianos en los cuatro pri-

meros siglos, denotan la lucha entre la verdad y el error, entre el filosofismo de los emperadores romanos y la santidad de las nuevas doctrinas; entre el materialismo y el espiritualismo.

Hay algunos hombres que arrastrados por la pendiente del abismo han lanzado sus blasfemias contra la Religión católica, haciéndola responsable y



Constantino herido repentinamente por la luz del Cristianismo.

solidaria de los acontecimientos que no están en armonía con sus fantásticas ilusiones. Tal sucede con la destrucción de la *Biblioteca* alejandrina, que se pretende fuese incendiada por el fanatismo cristiano (Draper), aparentando olvidar la historia de los dos incendios bien conocidos de todos.

Ya hemos indicado que el primero ocurrió durante el sitio de Alejandría por Julio César, 47 años antes de la Era cristiana; y siguiendo á Tito Livio,